

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz :

— ¡ Perrinet Leclerc !

— Sí, dijo éste arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á expirar : sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento. Pues sabed que yo he hecho dos. El primero, condestable, era que sabrías á la hora de tu muerte que la reina Isabel de Baviera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon : ése está ya cumplido, puesto que lo sabes. El segundo, conde de Armañac, era que habías de morir al saberlo, y éste, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

XXI.

Maese Capeluche.

De este modo París, que había sido inexpugnable para el poderoso duque de Borgoña y su numeroso ejército, dió libre entrada, como una cortesana caprichosa, en la obscuridad y silencio de la noche, á un simple capitán al mando de setecientas lanzas. Los borgoñones se diseminaron por las antiquísimas callejuelas de la ciudad con la tea en una mano y el acero en la otra, apagando el fuego con sangre y secando la sangre con fuego.

Perrinet Leclerc, causa inmediata y obscura de aquel gran acontecimiento, después de haber sacado de él la parte que deseaba sacar, la vida del condestable, volvióse á confundir con el pueblo, en

donde la historia se esforzará vanamente en describirle para encadenar su nombre vulgar con uno de los mayores desastres de la monarquía; asustóle sin duda la idea de la inmortalidad debida á una traición.

Acudían á París por todas las puertas, á la manera que los cuervos acuden á un campo de batalla, caballeros y gente de guerra, que anhelaban sacar su parte en aquel rico botín, que hasta entonces solo la majestad había tenido derecho de pillar. Sire de Ile-Adam, que llegó el primero, escogió para sí la parte del león; vinieron en seguida sire de Luxemburgo, los hermanos Fosseuse, Crevecoeur y Juan de Poix; detrás de los señores, los capitanes de las guarniciones de Picardía y de la Isla de Francia; en fin, sucedían á los capitanes los villanos de los alrededores, que para que no quedase nada después de ellos, robaban el cobre, mientras que sus señores robaban el oro.

Cuando quedaron fundidos hasta los vasos sagrados de las iglesias, vacíos los cofres del Estado, sin una franja ni una flor de lis de oro el manto real, cubrieron los hombros del anciano Carlos con uno de terciopelo y sin adornos: obligáronle á sentarse en su trono medio derribado, pusiéronle una pluma en la mano y cuatro despachos sobre la mesa. Ile-

Adam y Chateaux fueron nombrados mariscales: Carlos de Leus, almirante: Roberto de Mailly, panetero mayor; y después de haber firmado creyó el rey haber reinado.

El pueblo miraba todo aquello por las ventanas del Louvre,

— Bueno, se decían unos á otros: no contentos con habernos robado el oro, hételos que se arrebataban los empleos; por fortuna, el rey podrá hacer salir muchas firmas de la punta de sus dedos, pero no podrá hacer que sus arcas, den un solo escudo. Tomad, tomadlo todo, señores. Todavía tiene que venir Hannotin de Flandes, y si no está contento con lo que le habéis dejado, pudiera suceder que él se haga una parte con todas las vuestras.

Sin embargo, Hannotin de Flandes (así se llamaba por diversión el duque de Borgoña) no se daba mucha prisa á llegar; no había visto sin envidia que uno de sus capitanes hubiese entrado en aquella ciudad, á cuyas puertas había llamado dos veces con su espada sin que éstas se abriesen. Recibió en Montbeliard el aviso que le participaba aquella noticia inesperada, y en vez de continuar su dirección inmediatamente, se retiró á Dijón, una de sus capitales.

La reina Isabel continuaba por su lado en Troyes,

temblando aun del éxito de su empresa : el duque y ella no se veían ni se escribían ; parecían dos cómplices de una muerte nocturna, que no se atreven á presentarse cara á cara á la luz del sol.

Entretanto París sufría aquella vida febril y convulsiva. Como corrían voces de que ni el duque ni la reina volverían á entrar en la ciudad mientras hubiese en ella un solo armañac, y los deseos eran volver á ver al duque y á la reina, estas voces, á las que su obstinada ausencia parecía dar algún fundamento, servían todos los días de pretexto para alguna nueva matanza. Todas las noches se dejaba escuchar el grito de ¡ Á las armas ! El pueblo vociferaba en las calles con teas encendidas. Tan pronto corría la voz de que los armañacs entraban por la puerta de San Germán, como por la del Temple. Infinidad de grupos de hombres, á cuya cabeza se distinguían los cortadores por sus enormes cuchillos lucientes y sus brazos desnudos y tendinosos, atravesaban París en todos sentidos ; si, por acaso, alguno de entre ellos decía : ¡ Hola ! ¡ chicos, aquí tenéis la casa de un armañac ! los cuchillos daban cuenta del amo y el fuego de la casa. Era preciso para salir con seguridad llevar capirote azul y cruz encarnada.

Los iniciados en los misterios de las reuniones

secretas formaban una compañía de borgoñones, llamada de San Andrés : los individuos que la componían llevaban una corona de rosas ; y como entre ellos se contaban muchos sacerdotes, sea por prudencia ó por adhesión, decían misa con aquel adorno en la cabeza. Cualquiera hubiera dicho al ver tales cosas, que París estaba entregado á las fiestas y placeres de Carnaval ; bien es verdad que pronto le hubieran desengañado tantos escombros ennegrecidos en cada calle, en lugar de las casas que antes existían en el mismo sitio, y tanto reguero de sangre, que indicaba los recientes asesinatos.

Entre los alborotadores más encarnizados que recorrían las calles por las noches, había uno que se distinguía por su impavidez durante la carnicería y por la presteza y ejecución de su terrible mano. No había incendio en que no danzase su tea, ni muerte en que no anduviese su mano. Al verle con su caperuza encarnada, su túnica color de sangre de toro, su cinturón de ante, sosteniendo con el brazo un enorme espadón de á dos manos, cuyo pomo le daba en la barba y la punta en los pies, le seguían sin chistar los que querían ver degollar con limpieza y prontitud algún armañac ; porque había un refrán muy valido entre el pueblo, que decía :

que maese Capeluche hacía saltar á uno la cabeza sin que lo echase de ver el casquete.

Por lo dicho es fácil colegir que Capeluche era el héroe de aquellas fiestas : los mismos carniceros le tenían por maestro y le cedían el paso. Era el cabecilla de todos los alborotadores y el alma de todos los motines : en una palabra, detenía á su placer á la gente que le seguía, ó la hacía pasar adelante con sus gestos únicamente : era cosa de magia el ver cómo obedecían á aquel hombre todos los demás.

Mientras que París repetía en el silencio de la noche los gritos de los amotinados, se iluminaba con la luz de sus antorchas, y sus habitantes tenían cada vez un nuevo sobresalto la antiquísima Bastilla elevaba hasta los cielos su mole obscura y triste en la extremidad oriental de la ciudad. Las voces de afuera no hallaban eco dentro, ni la luz de las antorchas despedía bastante claridad para que penetrase en ella uno solo de sus reflejos; su sólido puente estaba levantado y el rastrillo bajado. Ningún ser viviente se presentaba en sus murallas de día, y parecía que la ciudadela se guardaba ella sola á sí misma; solamente cuando algún grupo se acercaba á ella más de lo que le parecía conveniente, veíanse salir de cada piso, en dirección de

la turba, tantas flechas cuantas troneras había, sin que fuese posible distinguir si eran disparadas por hombres ó por alguna máquina. Á tal insinuación, la cuadrilla, aunque fuese capitaneada por el mismo Capeluche, volvía la espalda meneando la cabeza : las flechas iban escaseando á medida que la gente se alejaba, y la veterana fortaleza volvía á recobrar á breve rato un aspecto de descuido y buena fe, parecido al del puerco-espín que, cuando desaparece el peligro, deja caer sobre el lomo las infinitas y aguzadas puas á que debe el respeto que le tienen los demás animales.

Por la noche reinaba el mismo silencio y la misma obscuridad; en vano París iluminaba sus calles ó ventanas : la Bastilla ni dejaba vislumbrar luz alguna al través de los hierros de sus rejas, ni menos escuchar voz humana dentro de sus murallas; tan solo se veía pasar de tiempo en tiempo la cabeza vigilante de algún centinela por las ventanas de las torres que se elevan á los cuatro ángulos del edificio, y en aquella postura cuidar de que no se intentase ninguna sorpresa al pie de la muralla; por lo mismo la cabeza permanecía muchas veces inmóvil durante largo rato, de tal suerte, que si por acaso caía sobre ella algún rayo de luna, pudiera tomarse aquella cabeza por uno

de esos mascarones góticos con que el capricho de los arquitectos adornaba fantásticamente los arcos de los puentes ó el cornisamento de las catedrales.

Esto no obstante, durante una sombría noche del mes de Junio, y mientras que los centinelas vigilaban en los cuatro ángulos de la Bastilla, subían dos hombres por la escalera estrecha y tortuosa que conducía á la plataforma. El primero que apareció en el terraplén era un hombre de cuarenta y dos á cuarenta y cinco años, de estatura colosal y de músculos correspondientes á lo que ésta prometía. Estaba cubierto de una armadura completa, aunque solo pendía del cinturón por única arma ofensiva, al lado del sitio que debía ocupar el estoque, uno de aquellos puñales largos y agudos que llamaban de misericordia; su mano izquierda descansaba en él maquinalmente, en tanto que en la derecha llevaba, en ademán respetuoso, una de aquellas tocas de terciopelo guarnecida de pieles, que los caballeros trocaban en sus momentos de descanso por sus cascos de batalla, cuyo peso ascendía á cuarenta y cuarenta y cinco libras. Su cabeza descubierta dejaba ver el brillo de sus ojos azules bajo unas grandes cejas; una nariz aguileña y un cútis moreno y tostado del

sol daban á quel semblante un aire de austeridad, que su barba cortada en redondo, de la longitud de una pulgada, y su negra melena que le llegaba hasta la mejilla por ambos lados, aumentaba más y más.

Apenas salió á la plataforma el hombre que acabamos de describir, aunque imperfectamente, volvióse y extendió el brazo hacia la abertura por la que había subido; una mano delicada y pulida salió de abajo para apoyarse en aquella otra fuerte y nervuda, y casi al mismo tiempo, merced á aquel apoyo, saltó sobre el terraplén un mancebo de diez y siete años, vestido de terciopelo y seda, de cuerpo grácil, miembros delicados y rubia guedeja: en seguida apoyóse sobre el brazo de su compañero, como si aquel ligero ejercicio le hubiese cansado extremadamente, y buscó como por costumbre un asiento donde reposar. Pero viendo que sin duda habían juzgado inútil semejante adorno en el terraplén de una ciudadela, varió de resolución y formando con la otra mano, que cruzó con la primera, una especie de anillo, hizo soportar al brazo atlético que le sostenía, y en el que más bien que apoyado parecía que iba suspendido, la mitad por lo menos del peso que la naturaleza había destinado á ser sostenido por sus piernas; de este modo emprendió

su paseo, en el que ponía más condescendencia que voluntad.

Pasáronse algunos minutos sin que uno ni otro turbasen el silencio de la noche con una sola palabra, ni menos interrumpiesen su paseo, que no podía ser muy desahogado á causa de la estrechez de la plataforma. El ruido de los pasos de aquellos dos hombres no formaba más que un solo sonido, tan ligeras eran las pisadas del niño, que se confundían con el pesado caminar del soldado; cualquiera hubiese dicho que eran un cuerpo y su sombra, y que uno solo de ellos vivía por los dos. Detúvose de repente el armado con el rostro vuelto hacia París, y obligó á hacer lo mismo al doncel que le acompañaba: desde allí dominaban toda la ciudad.

Era precisamente una de aquellas noches de alboroto y turbulencias que hemos hecho lo posible por describir. En un principio no se distinguía desde la plataforma más que un conjunto confuso de casas, que se extendía de Oriente á Occidente, y cuyos techos parecían apegados unos á otros con la obscuridad, á la manera de los escudos de una partida de soldados que va al asalto. Pero de repente, y cuando algún tropel de gente tomaba un camino paralelo al radio hasta donde podía extenderse la vista, la luz de las teas que iluminaba la

calle en su longitud, parecía que surcaba todo un barrio de la ciudad; movíanse en medio de la claridad muchas sombras rojizas dando gritos y carcajadas, y poco después desaparecía el tropel por la primera callejuela con sus voces, pero no con su ruido. Todo volvía á quedarse obscuro, y el rumor lejano que hasta allí llegaba parecía el gemido apagado de la ciudad, cuyas entrañas estaban desgarradas por el hierro y fuego de la guerra civil.

El semblante del soldado se puso más sombrío y adusto que de costumbre á la vista de aquel espectáculo; frunció las cejas con violencia, extendió el brazo derecho en dirección del Louvre, y no sin gran trabajo llegaron á oídos de su joven compañero estas palabras, que dejó escapar entre sus dientes fuertemente apretados.

— Señor, ahí tenéis vuestra ciudad: ¿la reconocéis?...

La cara del joven tomó una expresión melancólica, de que momentos antes no se le hubiera creído capaz. Fijó sus ojos en los del hombre armado, y después de haberle mirado un instante con gran silencio, le dijo:

— Aguerrido Tanneguy, muchas veces me he puesto á mirarla á estas horas desde las ventanas del palacio de San Pablo; algunas la he visto

silenciosa y tranquila, pero no creo haberla visto nunca feliz.

Tanneguy se estremeció; no aguardaba aquella respuesta por parte del adorado delfín. Le había interrogado creyendo hablar con un niño, y éste le había contestado como pudiera haberlo hecho un hombre.

— Perdóneme vuestra alteza, dijo Duchatel; creía que hasta ahora se había ocupado más de fiestas y placeres que de los asuntos de Francia.

— Padre (así llamaba el delfín á Duchatel desde que le había salvado de manos de los borgoñones), esa queja está lejos de ser justa; es cierto que mientras que he visto al lado del trono de Francia á mis dos hermanos, que ahora se hallan al lado del trono de Dios, no he pensado más que en fiestas y devaneos; pero también lo es, que desde que el Señor los ha llamado á sí de una manera tan terrible, he olvidado esas frivolidades para no acordarme más que de una cosa, y es, que á la muerte de mi padre querido (que Dios conserve) no tiene este poderoso reino más dueño que yo.

— ¡Es decir, noble leonzuelo de casa real, repuso Tanneguy con una expresión visible de alegría, que estáis dispuesto á defenderle con garras

y dientes contra Enrique de Inglaterra y Juan de Borgoña?

— Contra los dos aisladamente, Tanneguy, ó contra los dos juntos, si lo tuvieren por más conveniente.

— ¡ Ah! señor, Dios os inspira esas palabras para que sirvan de consuelo al corazón de vuestro anciano amigo. Esta es la vez primera desde hace tres años que mi pecho respira con entera libertad. Si supiéseis las dudas que asaltan el alma de un hombre como yo cuando la monarquía, á la cual ha sacrificado su vida y hasta su honor tal vez, ha llevado tan recios golpes como los que ha llevado la que cuenta en vos su única esperanza; si supiéseis cuántas veces he pensado que quizás era llegado el tiempo en que esta monarquía debía ser sucedida por otra, y que era revelarse contra Dios el empeñarse en sostenerla, cuando él la abandonaba; porque... perdóneme el Señor si blasfemo, porque de treinta años á esta parte, si se ha dignado tender la vista hacia vuestra ilustre progenie, ha sido para destruirla en vez de tener misericordia de ella. Sí, continuó, no habrá uno que no tenga por signo fatal para una dinastía, el que el cabeza de ella esté enfermo de cuerpo y ánimo, como lo está el rey nuestro señor; no habrá

uno que no diga que deben ocurrir grandes trastornos en una nación, cuando vea que el primer vasallo de la corona descarga golpes sin piedad con hacha y espada sobre las ramas del árbol real, como lo ha hecho el traidor Juan con vuestro noble tío el duque de Orleans; no habrá uno que no crea que una nación camina á su ruina, cuando vea dos nobilísimos mancebos, como vuestros dos hermanos mayores, morir uno después de otro tan repentina é imprevisiblemente, que si no fuera por temor de ofender á Dios al propio tiempo que á los hombres, se pudiera decir que el uno no había querido intervenir en esta desgracia, los otros habían intervenido en ella demasiado: y cuando para oponer resistencia á la guerra extranjera, á la guerra civil, á las asonadas populares, solo existe un joven débil y delicado como vos, ¿extrañaréis, señor, que las dudas hayan hecho vacilar mi dolorido corazón? ¡Oh! Perdonadme, señor, por haber pensado mal de vos.

El delfin se arrojó en sus brazos diciendo:

— Tanneguy, la duda es permitida al que después de haber obrado, al que como tú piensa que Dios quiere descargar su justa cólera sobre una dinastía, destruyendo hasta su último heredero; y sin embargo le pone á cubierto de la cólera del Señor.

— Juro á ese mismo Dios que no he titubeado en hacerlo cuando he visto á los borgoñones entrar á saco en la ciudad. He corrido á buscaros como una madre en pos de su hijo; porque ¿quién sino yo hubiera podido salvaros, señor? El rey vuestro padre no estaba en estado de hacerlo: la reina no hubiera podido conseguirlo desde lejos; y si se hubiese hallado cerca (perdónela la Virgen) quizá no la hubiese asaltado ese deseo. Vos mismo, señor, aun cuando hubiéseis sido dueño de huir, aun cuando hubiéseis encontrado desiertos los corredores de San Pablo y la puerta abierta, si hubiéseis llegado á pisar las calles, os hubiérais visto más apurado entre las mil encrucijadas y callejuelas de vuestra ciudad, que el último de vuestros súbditos. No teniais más que á mí, y os confieso que aquel momento fué uno de los que creí que Dios no había apartado la vista de vuestra familia, porque me sentí animado del mayor esfuerzo. Os cogí en mis brazos y me pesasteis tan poco como á una águila puede pesar el pajarillo que arrebatara entre sus garras. Creo que aun cuando hubiese salido á mi encuentro todo el ejército con el duque de Borgoña á la cabeza, hubiese derribado al duque y atravesado su ejército sin desgracia para ninguno de nosotros dos, porque Dios me inspiraba en aquel

momento. Pero ahora, señor, estáis en seguridad dentro de los muros de la Bastilla. Todas las noches después de haber contemplado desde este terraplén el espectáculo que ahora miramos los dos, después de haber visto París, vuestra ciudad real, hecha presa de rebeliones y banderías, de tal suerte, que no parece sino que es el pueblo el que manda y el rey el que obedece; después que aturcidos los oídos con este tumulto y fatigada la vista con el resplandor de esas teas, regresaba á vuestro cuarto, me ponía á contemplaros silencioso é inmóvil mientras dormíais, y no podía menos de decir entre mí mismo, al veros dormir tan tranquilo mientras la guerra civil devastaba vuestro reino, que no era digno de una alma real entregarse á tan plácido sueño, cuando la nación pasaba unas veladas tan terribles y sangrientas.

El rostro del delfín tomó de repente una expresión de enojo y disgusto, que desapareció á breve rato como una nube pasajera en un cielo despejado.

— ¿Es decir que tú espías mis acciones, Tanneguy?

— Señor, lo que yo hacía entonces y lo que hago ahora siempre que me detengo delante de vuestra cama mientras dormís, es rogar á Dios por la Francia y por vuestra alteza.

— Y si esta noche no te hubiera respondido como tú deseabas, ¿cuál era tu intención?

— Hubiera ocultado á vuestra alteza en algún sitio seguro, y hubiera ido á arrojar me solo y sin armadura entre las filas enemigas en el primer encuentro; porque como entonces no me hubiera quedado más que la muerte, la más pronta hubiera sido la mejor.

— Pues mira, Tanneguy, en vez de ir solo y sin armadura al enemigo, saldremos los dos á su encuentro bien armados: ¿qué te parece?

— Que el Señor, que os ha dado la voluntad, es preciso que os dé la fuerza para llevar á cabo ese proyecto.

— Tú estarás á mi lado para sostenerme.

— Fatigosa y larga es la guerra que vamos á emprender, señor; fatigosa y larga, no para mí, que hace treinta años que no me quito la coraza de los hombros, sino para vos, que hace quince vestís terciopelo y sedas. Tenéis que combatir á dos enemigos, de los cuales uno solo bastaría á dar temor á un rey poderoso. Fuera ya la espada de la vaina y la bandera real de San Dionisio; es necesario que ni una ni otra vuelvan á esconderse de la luz sin que vuestros dos enemigos, Juan de Borgoña y Enrique de Lancaster, no estén, el primero, en-

terrado en Francia y el segundo fuera de Francia. Para conseguirlo tendremos que resistir duras refriegas. Las noches de escucha son frías, los días de batalla mortíferos; hay que trocar la regalada vida de príncipe por la ruda existencia de soldado; no es una hora de torneo la que hay soportar, son largos días de combate; no son meses de escaramuzas y encuentros los que hay que sufrir, son años enteros de lucha continua y de batallas sangrientas. Señor, pensad bien en ello.

El joven delfín soltó sin contestar el brazo de Tanneguy, y fué al guerrero que velaba en una de las torrecillas de la Bastilla; en un instante pasó el cinturón que sujetaba el colete del archero á sujetar el talle del delfín, las manos del príncipe empuñaron el arco de *fresno* del soldado, y volviéndose á Duchatel le dijo con una voz llena de entereza y energía:

— Padre mío, espero que esta noche dormirás también tranquilo, porque tu hijo se queda á velar las armas por primera vez.

Duchatel iba á contestarle, cuando un nuevo lance de la escena que pasaba debajo de la Bastilla hizo cambiar la dirección de sus ideas.

Ya hacía rato que el ruido se sentía más cercano, y un gran resplandor subía de la calle de la Cerise;

sin embargo, era imposible descubrir á los que hacían aquel ruido, ni adivinar el verdadero origen de aquel resplandor, porque la situación transversal de la calle y la altura de las casas estorbaban que alcanzase la vista hasta el sitio donde estaba el tropel. De repente se oyeron más distintamente algunos gritos, y un hombre medio desnudo salió corriendo y pidiendo socorro de la calle de la Cerise á la de San Antonio. Perseguíanle algunos otros á corta distancia, ó iban gritando también: ¡ Muera! ¡ Muera el Armañac! ¡ Matarle! Á la cabeza de los que perseguían á aquel hombre era fácil conocer á maese Capeluche por su espadón de á dos manos, que llevaba al hombro desenvainado y gotteando sangre, por su túnica color de sangre de toro y por sus piernas desnudas y musculosas. Empero tal era la velocidad que con el miedo llevaba en su carrera el fugitivo, que ya iba á escapar de manos de sus perseguidores tomó la esquina de la calle de San Antonio y perdiéndose detrás de las tapias de las Torrecillas, si su mala estrella no le hubiera hecho tropezar y enredarse los pies con la cadena que servía para cerrar las calles por la noche. Venía con tal violencia, que luego que tropezó con la cadena, dió algunos pasos desiguales, y vino al suelo á tiro de ballesta de las murallas de

la Bastilla; advertidos ya por la caída del fugitivo, saltaron por encima de la cadena los que le perseguían, otros pasaron por debajo, de suerte que cuando el desventurado quiso volverse á levantar ya tenía encima de su cabeza el formidable espadón de Capeluche. Persuadióse entonces que ya no había remedio para él, y volvió á caer de rodillas gritando: *Gracia*, no á los hombres, sino á Dios.

Desde el momento en que aquella escena tuvo por teatro la calle de San Antonio, ni el príncipe ni su compañero perdieron ni un solo movimiento de los personajes que figuraban en ella. Aquél especialmente, menos acostumbrado á tales espectáculos, no apartaba la vista del grupo, y era fácil percibir el interés que se tomaba en lo que allí pasaba por los movimientos convulsivos de su rostro y por los mal articulados sonidos que de vez en cuando se escapaban de su garganta. De tal modo le impresionó aquella escena, que apenas cayó el armañac, no fué tan pronto Capeluche en arrojarle sobre su víctima, como el delfín en sacar una ballesta del carcaj y acomodarla en la cuerda del arco con dos dedos de la mano derecha. Doblegóse el arco como un junco descendiendo hasta la mano izquierda, al paso que la derecha traía la cuerda hasta el hombro del joven, y hubiera sido cosa

difícil decidir, á pesar de la diferencia de distancias, cuál de los dos objetos hubiera llegado antes al blanco que se proponían si la ballesta del príncipe ó el espadón de Capeluche. Al advertir la acción del joven, Tanneguy alargó el brazo de pronto, cogió la ballesta por en medio y la rompió entre las manos del archero real.

— ¿Qué haces, Tanneguy, qué haces? le dijo el delfín dando el golpe con el pie en el suelo; ¿no ves que ése va á matar á uno de los nuestros, que un borgoñón va asesinar á un armañac?

— Prefiero que mueran todos los armañacs, á que vuestra alteza manche la acerada punta de sus ballestas con la sangre de ese hombre.

— Pero... ¡mira, Tanneguy, mira! ¡Ah!...

Tanneguy volvió la vista de nuevo hacia la calle de San Antonio al oír el grito del delfín: la cabeza del armañac estaba en el suelo á diez pasos del cuerpo, y Capeluche con el brazo extendido miraba gotear muy sereno la sangre que destilaba la hoja de su espada, al paso que silbaba la tan conocida canción:

« Duque de Borgoña,
Dios te dé la gloria. »

— ¡Mira, Tanneguy, mira! repetía el delfín

llorando de rabia ; ¡ por ti !... pero no has visto...

— Si, sí, ya lo veo, contestó Tanneguy... vuelvo á decir que ese hombre no debía morir á vuestras manos.

— Pero, ¡ ira de Dios ! ¿ quién es ese hombre ?

— Señor, ese hombre es maese Capeluche, verdugo de la ciudad de París.

El delfín dejó caer los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho.

— ¡ Oh, primo de Borgoña ! dijo con ronca voz ; por todos los reinos del mundo, no quisiera valerme de los viles medios y hombres de que os valéis para arrebatarme lo que me resta del mío.

Durante este diálogo, uno de los hombres que acompañaban á Capeluche cogió por los pelos la cabeza del muerto y la acercó á la luz de una tea que llevaba en la mano izquierda : la luz dió de lleno sobre la cara de aquella cabeza, y sus facciones estaban tan poco desfiguradas por la agonía, que desde lo alto de la Bastilla pudo distinguir Tanneguy las de Enrique de Marlé, su amigo de infancia, y uno de los armañacs más decididos y leales. Á su vista exhaló Duchatel un hondo suspiro.

— Por San Dionisio, maese Capeluche, dijo el hombre del pueblo llevándole la cabeza al ver-

dugo, alma se necesita tener y puños de hierro para cortar el pescuezo al primer canciller de Francia, con tanta limpieza y prontitud como si fuera la del último pechero (1).

El verdugo se sonrió con orgullo y satisfacción ; también él tenía aduladores.

En aquella misma noche, dos horas antes que rayase el primer albor de la aurora, salió con sigilo y precaución por la puerta exterior de la Bastilla una partida de jinetes bien montados y armados, tomó el camino del puente de Charentón, y después de haberle atravesado, cabalgó durante ocho horas, poco más ó menos, siguiendo la orilla

(1) Por si alguno nos acusase porque describimos estas horrorosas escenas, advertiremos á nuestros lectores que el hacerlo no es gusto ni culpa nuestra, sino de la historia, de la cual es esta un fiel traslado. Una cita tomada en la *Vida de los duques de Borgoña* de M. de Barante, probará que ni hemos escogido los colores más sombríos, ni los cuadros más lúgubres, para dar una idea exacta de la época. Cuando los reyes y principes arman á los pueblos para sostener guerras civiles ; cuando se sirven de instrumentos humanos para decidir sus contiendas y satisfacer su ambición, no está la culpa de parte del instrumento que obedece, y la sangre derramada recae juntamente sobre la cabeza que dispone y el brazo que ejecuta.

La cita indicada dice así :

« Había sangre hasta la rodilla en los patios de las cárceles ; cometíanse muertes públicamente en calles y plazuelas. Los infelices ballesteros genoveses eran arro-

derecha del Sena ; en todo aquel tiempo ni se oyó una sola voz ni se alzó una sola visera. Por último, serían las once de la mañana cuando dieron vista á una plaza de guerra.

— Señor, dijo Tanneguy al jinete que iba á su lado, aquí ya podéis alzar la visera y gritar en alta voz : « San Carlos y Francia, » porque ahí ondea la blanca enseña de los armañacs, y vais á entrar en vuestra muy noble y leal ciudad de Melun.

Tal fué exactamente la noche que veló sus primeras armas y la primera jornada de guerra que hizo el delfín Carlos, que la historia apellidó después el *Victorioso*.

jadós de sus alojamientos y entregados al furor del populachó.

Despedazaban hasta las mujeres y niños. Arrojaron á la calle el cadáver de una mujer en cinta ; y como advirtiesen los asesinos que la criatura se moviese en el vientre, exclamaron, riéndose unos con otros : Mirad, mirad, el cachorro resuella todavía. Cometían mil atrocidades con los cuerpos muertos ; no escapaba uno sin que se le hiciese en el pecho una cruz ó una banda de sangre : los cuerpos del conde de Armañac, del canceller Roberto-Massón y de Raimundo de la Guerra, fueron paseados por la ciudad en unas parihuelas y expuestos en seguida durante tres días en las gradas de palacio. »

M. de Barante tomó todos estos apuntes de Juvenal de los Ursinos, autor contemporáneo, de quien ya tienen noticia nuestros lectores.

La paga de un gran servicio.

Los motivos políticos que detenían lejos de la capital al duque de Borgoña, son fáciles de explicar.

Desde el punto en que otro más feliz que él se apoderó de París, pensó no disputarle el honor que á él solo pertenecía ; pero al propio tiempo discurrió sacar de aquel acontecimiento el mayor partido posible. No le fué difícil prever que la reacción natural que es consiguiente á semejantes trastornos, arrastraría tras sí asesinatos y venganzas sin cuento, las cuales no podría estorbar si se presentaba en París, de otro modo que perdiendo su popularidad, al paso que la ausencia le evitaba la responsabilidad de la sangre derramada. Por otra parte, aquella sangre la daban los armañacs, y era una copiosa sangría que debilitaba para mucho tiempo el partido en el que más enemigos contaba : sus adver-